

algunos perezcan, sino que todos vengan a penitencia (2 Ped 3,9).

2º. *Pero quiere que para ello se observen sus mandamientos mediante el auxilio de su gracia.* – Por esto decía San León que, así como Dios quiere que observemos sus preceptos, así nos previene con su ayuda para que los observemos. Y Santo Tomás, comentando las palabras del Apóstol: *Quiere que todos los hombres sean salvos*, escribe: “Y por eso a nadie le falta la gracia, sino que la comunica a todos en cuanto de sí depende”. Y en otro lugar: “Mucho empeño tiene la divina Providencia de proveer a cada uno de lo necesario a la salvación, mientras no haya impedimento por parte del hombre”.

3º. *Este auxilio no se concede ordinariamente sino a la oración.* – Este auxilio no lo concede el Señor de ordinario más que a la oración, como dice Genadio. Y San Agustín escribe que, si se exceptúan las primeras gracias de la vocación a la fe o a la penitencia, todas las demás no se conceden sino a quien las pide, y en especial la gracia de la perseverancia. Y en otro lugar añade: “Dios quiere dar, pero sólo a quien le ruega”.

II. EL PRECEPTO GRAVE DE LA ORACIÓN:

1º. *Precepto formal.* – Es sentencia común entre

los teólogos, tales como San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, Clemente Alejandrino y otros, que la oración es necesaria a los adultos de necesidad de medio, es decir, que sin la oración es imposible la salvación. Esto significan aquellas palabras de las Escrituras: *Es menester siempre orar y no desfallecer* (Lc 18,1). *Orad sin cesar* (1 Tes 5,17). *Pedid y recibiréis* (Jn 16,24).

2°. *Obligación grave de rezar en tres casos.*— Las expresiones *es menester, sin cesar y pedid*, dicen los doctores, con Santo Tomás, que encierran precepto grave que obliga especialmente en tres casos: 1°. cuando se está en estado de pecado mortal; 2°. cuando se está muy expuesto a caer, y 3°. cuando se está en peligro de muerte. Fuera de esto, enseñan los doctores que pasar un mes, o a lo sumo dos, sin rezar, no se excusa de pecado mortal. La razón es porque sin la oración no podemos alcanzar los auxilios necesarios para observar la divina ley. Dice San Juan Crisóstomo que, como los árboles necesitan agua para no secarse, así nosotros necesitamos oración para no perdersnos.

III. POSIBILIDAD DE OBSERVAR TODOS LOS MANDAMIENTOS Y DE RECHAZAR TODAS LAS TENTACIONES POR MEDIO DE LA ORACIÓN;

PERO SIN LA ORACIÓN, NO; DE AQUÍ EL DEBER ERICTO DE ACUDIR A DIOS PARA ALCANZAR LAS GRACIAS NECESARIAS.— ¡Grande error el de Jansenio, que pretendía que ciertos preceptos son imposibles de cumplir porque nos faltan las gracias necesarias para su observancia! Razón tuvo el concilio de Trento para apropiarse las palabras de San Agustín y declarar que es cierto que el hombre no puede con el auxilio de la gracia ordinaria observar todos los preceptos, pero que mediante la oración hallará el más poderoso auxilio que necesita. He aquí la célebre sentencia del concilio: “Dios no manda imposibles; pero a la vez que manda, aconseja que hagamos lo que podamos, pidamos auxilio para lo que no podamos y ayuda para que podamos. Y he aquí las palabras de San Agustín: “Creemos firmemente que Dios, tan justo y tan bueno, no ha podido imponernos preceptos de ejecución imposible; o lo que manda es fácil o difícil; en el primer caso sabemos lo que debemos hacer, y en el segundo, lo que tenemos que pedir”.

¿Por qué permite Dios que nos ataquen los enemigos, si conoce nuestra flaqueza y sabe que no podemos resistir? Respondo: lo permite para que le pidamos su ayuda, viendo el extraordinario bien que nos reporta la necesidad de rogar.

De aquí que el que se deja vencer no puede alegar en defensa propia no haber tenido fuerzas para resistir, porque, si las hubiera pedido, las habría alcanzado. Por eso Dios castigará al vencido, porque, si hubiera rezado, en lugar de la derrota habría alcanzado la victoria. San Buenaventura dice: “Así como el oficial encargado de defender una plaza fuerte sería acusado de traición si por falta de reclamar a tiempo auxilio del rey dejara caer la plaza en poder del enemigo”, así también a los ojos de Dios el alma le traiciona cuando, asaltada por la tentación, no reclama su auxilio. Según la palabra del Señor: *Pedid y recibiréis*, el que pide recibe, se sigue, según la doctrina de Santa Teresa, que no se alcanza porque no se pide. Ya lo había dicho el apóstol Santiago: *No tenéis porque no pedís* (Sant 4,2). Grande es el poder de la oración para defendernos de nuestros enemigos, dice San Juan Crisóstomo. San Efrén escribe que quien se previene con la oración impide que el pecado entre en el alma. Y antes que todos ellos lo dijo David: *Invocaré al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo* (Sal 17,4).

PERORACIÓN.— Para vivir cristianamente hay que rezar bien; y para rezar bien hay que:

1º. *Destruir todo afecto al pecado.*— Por tanto, si queremos vivir cristianamente y salvarnos, hemos de saber rezar: “Aquél sabe vivir bien que sabe rezar bien”, decía San Agustín. Para alcanzar gracias de Dios hay que destruir todo afecto al pecado, porque Dios no escucha a los pecadores obstinados. Por ejemplo, a quien conservar odio hacia cualquier persona, y quisiera vengarse, si a la vez rezara, Dios no lo escucharía: *Aunque multipliquéis las plegarias, no escucho; vuestras manos están llenas de sangre* (Is 1,15). Dice el Crisóstomo que quien alimenta mala voluntad y reza, no reza, sino que se burla de Dios; mas si rogara que Dios le quitase el odio del corazón, entonces Dios lo escucharía.

2º. *Rezar con atención.*— En segundo lugar hay que pedir a Dios atentamente; hay quienes creen rezan con sólo repetir muchos padrenuestros, pero tan distraídos que no saben lo que dicen; estos tales charlan, pero no oran, y de ellos habla Dios por Isaías cuando dice: *Este pueblo se me acerca con su boca y con sus labios me honra, mientras mantiene su corazón alejado de mí* (Is 29,13).

3º. *Apartar todo lo que sea obstáculo a la oración.*— *Nada te impida cumplir a tiempo el voto* (Ecli 18,22) dice el Eclesiástico. Quien se ocupa

en miles de negocios y asuntos inútiles al alma, dice Jeremías que interpone entre él y Dios una nube que impide pasen las oraciones: *Te has cubierto de nubes para que no pasara la plegaria* (Lam 3,44).

4º. *Ofrecer las oraciones a Dios por medio de María Santísima.*— No quiero acabar sin exhortaros con San Bernardo a que busquéis las gracias de Dios por mediación de María Santísima: “Busquemos la gracia y busquémosla por María”. Y añade San Anselmo que, cuando recurrimos a la Madre de Dios, no sólo debemos estar seguros de su protección, sino que a veces seremos más pronto escuchados y atendidos recurriendo a María e invocando su santo nombre que invocando el nombre de nuestro Salvador Jesucristo.

21. Con humildad. Tres motivos

1º. *Dios rechaza la oración de los orgullosos.*— Escribe Santiago que Dios no escucha la oración de los orgullosos: *Dios se opone a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia* (Sant 4,6). No puede tolerar a los soberbios y se resiste a sus oraciones y como que no las oye.

Entiendan esto cuantos confían en sus fuerzas y se creen mejores que los demás; no olviden que sus oraciones serán rechazadas de Dios.

2°. *Dios escucha siempre la oración de los humildes.*— Por lo que a los humildes respecta, siempre los oye el Señor: *La oración del humilde penetra las nubes* (Ecli 35,21). Y David escribió: *(Cuando el Señor) mirare a la oración de los humildes* (Sal 101,18). La oración de quien se humilla penetra los cielos y no retrocede sin que Dios le escuche y atienda. “Si te humillas, dice San Agustín, Dios viene a ti, y si te ensoberbeces, Dios huye de ti”. Cuando te humillas, Dios mismo baja a abrazarte; pero si te enorgulleces y vanaglorías de tu sabiduría, de tus obras, entonces Dios huye de ti y te abandona a tus propias fuerzas.

3°. *Hasta los pecadores son escuchados cuando se humillan.*— Hasta los pecadores, por disueltos que hayan sido, cuando se arrepienten de corazón de sus pecados y se humillan ante Dios, confesándose indignos de recibir gracia alguna, no son despreciados de Dios: *Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no lo desprecias* (Sal 50,19). Pasemos a hablar de los otros dos puntos, de los que hay no poco que decir.

22. Con confianza. Tres cualidades

I. ESTA CONFIANZA SE EXTIENDE A TODOS Y A TODO LO QUE ES NECESARIO EN EL ORDEN DE LA SALVACIÓN.— *¿Quién confió en el Señor y fue desechado?* ¡Palabras consoladoras para los pobres pecadores estas del libro del Eclesiástico! Aun cuando hubiesen cometido los mayores crímenes, oyen que el Espíritu Santo les dice que nadie confió en el Señor y fue abandonado. Quien pide confiadamente, alcanza cuanto pide. *Todo cuanto rogáis y pedís, creed que le recibiréis y lo alcanzaréis* (Mc 11,24) Cuando pedimos gracias del orden espiritual útiles al alma, estemos seguros de alcanzarlas, y ciertamente las alcanzaremos. Por esto el Salvador nos enseñó que al pedir gracias a Dios lo llamáramos con el nombre de *Padre*, para que acudiéramos a él con la confianza con que recurre el hijo al padre que le ama.

II. ESTA CONFIANZA ES SÓLIDA, PORQUE ESTÁ FUNDADA SOBRE LAS PROMESAS DE JESUCRISTO Y SOBRE EL DESEO QUE TIENE DIOS DE HACERNOS BIEN.— Jesucristo prometió escuchar a quien le pide. *¿Quién, pues, se puede abandonar al temor de no alcanzar lo que la misma*

Verdad nos prometió? “¿Quién puede temer, pregunta San Agustín, cuando la misma Verdad compromete su palabra?”. ¿Es que será Dios por ventura como los hombres, que prometen y no cumplen, o porque mienten al prometer o porque después de prometer cambian de opinión? *No es Dios hombre para mentir ni hijo de hombre para arrepentirse. ¿Es Él quien dice y no hace o promete y no cumple?* (Num 23,19). Nuestro Dios no puede mentir, porque es la verdad por esencia, ni puede cambiar, porque todo lo que dispone es justo y es santo.

Porque el Señor desea tan ardientemente nuestro bien por eso con tanto apremio inculca y nos exhorta a pedir las gracias que deseamos: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá* (Mt 7,7). Si no quisiera otorgarnos sus gracias, ¿por qué tal empeño en exhortarnos a pedírselas? Responde San Agustín: “Dios no nos urgiría tanto a pedir las si no las quisiera dar”. Tanto más, cuanto que por su promesa se ha obligado a escuchar nuestras súplicas, concediéndonos lo que le pedimos confiados de alcanzarlo. “En virtud de su promesa, dice San Agustín, Dios se hace nuestro deudor.

III. ESTA CONFIANZA DEBE SER JUSTA O CONVENIENTE.— Tal vez haya quien diga que tiene poca confianza en Dios por ser pecador, y “en vista del exceso de mi ingratitud no merezco ser atendido”.

1º. *La oración tiene que apoyarse en la misericordia divina.*— A este tal le responde Santo Tomás que nuestras oraciones, para alcanzar la gracia, no se apoyan en nuestros méritos, sino en la divina misericordia.

2º. *Hay que pedir cosas útiles a la salvación y sin poner obstáculos a la gracia.*— En consecuencia, siempre que pidamos a Dios cosas útiles a nuestra eterna salvación, y se las pidamos con fiadamente, estemos seguros de que Dios nos escuchará. Dije *cosas útiles a la salvación*, porque, si fueren dañosas al alma, el Señor ni las escucha ni puede escucharlas. Por ejemplo, si alguno pide fuerzas para vengarse de alguna injuria o quisiera tener éxito en alguna empresa criminal, Dios entonces no escucharía la petición de ayuda, porque, como dice el Crisóstomo, ese temerario no dirige a Dios una oración, sino una ofensa; no le ruega, sino que le insulta.

De igual modo, si quieres alcanzar de Dios la ayuda que le pides no tienes que poner impedimento alguno que te haga indigno de ser atendi-

do, como, por ejemplo, si pidieses a Dios que te diera fuerza para no volver a caer en pecado y no quisieras quitar la ocasión de tal pecado, te negaras a no frecuentar aquella casa, a no alejarte del objeto o compañía mala, claro está que, si ruegas, no te escuchará Dios. Y ¿por qué? *Te has cubierto de nubes para que no pasara la plegaria* (Lam 3,15). Por tanto, si caes, no te quejes de Dios, alegando que ya le pediste fuerzas para no caer y no te escuchó. ¿No te das cuenta de que, si no quitas la ocasión, interpones denso nubarrón con el que impidies que tu oración pase para ser atendida de Dios?

3º. *No se pueden pedir favores temporales si no es con esta condición: si convienen a la salvación; en cambio, las gracias espirituales hay que pedir las absolutamente y sin vacilación.*— Adviértase, además, que las promesas de Jesucristo de escuchar a quien le pide no se entienden hechas a todas las mercedes temporales que le pedimos, como el triunfo en tal pleito, una buena cosecha, sanar de una enfermedad o librarse de aquella persecución; tales gracias las concede también Dios, pero solamente cuando son útiles a la salud espiritual; de otro modo, las niega, y las niega precisamente por nuestro amor, pues sabe que las tales mercedes constituirían para noso-

tros una desgracia que dañaría al alma. “El médico, decía San Agustín, conoce mejor que el enfermo lo que le conviene”. Y añade que Dios niega a alguno misericordiosamente lo que a otro concede como castigo. Por esto San Juan Damasceno escribió que a las veces vale más no alcanzar las gracias que se piden, porque no escuchándonos nos escucha, ya que es quizás mejor entonces no recibir que recibir. ¡Cuántas veces, en efecto, pedimos el veneno que nos había de emponzoñar! ¡Cuántos, si hubieran muerto en aquella enfermedad o en la pobreza que padecían, se hubiesen salvado! Mas por cuanto recobraron la salud o se proveyeron sobradamente de riquezas y de honores, se ensoberbecieron, olvidándose de Dios, y acabaron por condenarse. Por esto San Juan Crisóstomo nos aconseja así: “Cuando oramos, facilitémosle a Dios el concedernos las gracias que vea son útiles a nuestra alma”. Las gracias temporales, por tanto, habemos de pedir las siempre con condición de que sean útiles a nuestra alma.

En cambio, las gracias espirituales hay que pedir las absolutamente y sin vacilación.

Por el contrario, cuando se trata de gracias espirituales, como el perdón de los pecados, la perseverancia en el bien, amor de Dios, luces

para cumplir su divina voluntad, las debemos pedir absolutamente, con firme esperanza de alcanzarlas: *Si, pues, vosotros, malos como sois, sabéis dar buenos regalos a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará desde el cielo el Espíritu Santo a los que se lo pidieren?* (Lc 11,13). Dice Jesucristo: Si vosotros, que estáis tan apegados a las riquezas, no sabéis negar a vuestros hijos los bienes que Dios os dio, ¿cuánto más vuestro Padre celestial (infinitamente rico por sí mismo y que desea darnos más que nosotros recibir) os dará el espíritu bueno, es decir, arrepentimiento de los pecados, el amor divino, la resignación a la voluntad de Dios, si se lo pedís? ¿Cómo va Dios a rehusar lo que se le pide, pregunta San Bernardo, cuando él mismo exhorta a que se le pida?

4º. *El pecador no ha de creerse excluido de las promesas divinas.*— Cuando se le pide al Señor, no se detiene a preguntar si quien le pide es justo o pecador, pues a todos dijo: *Todo el que pide recibe* (Lc 11,10). El autor de la *Obra imperfecta* comenta y dice: “*Todos, sean justos o pecadores*”, Jesucristo, para animarnos a rezar y pedirle confiadamente estas gracias espirituales, nos dijo: *En verdad, en verdad os digo: si alguna cosa pidiereis al Padre, os la concederá en nom-*

bre mío (Jn 16,23); como si dijera: “Pecadores, si carecéis de méritos para pedir gracias, pedir las en nombre mío, es decir, por mis merecimientos, y os prometo que alcanzaréis cuanto pidiereis.

23. Con perseverancia. Tres motivos

I. LA VOLUNTAD DE DIOS.— Sobre todo, hay que rogar con perseverancia hasta la muerte, sin cesar nunca de rogar; esto significan aquellas palabras de las Escrituras que dicen: *Es menester siempre orar y no desfallecer* (Lc 18,1). *Velad en todo tiempo orando* (Ibid 21,3). *Orad sin cesar* (1 Tes 5, 17). Y el Eclesiástico nos advierte: *Nada te impida cumplir a tiempo el voto* (Ecli 18,22). Todo lo cual quiere decir que no sólo debemos rezar, sino que habemos de quitar las ocasiones que nos impidieren rezar, pues si dejáramos la oración quedaríamos privados del auxilio divino y nos vencerían las tentaciones.

II. LA MISMA GRACIA QUE SE DESEA ALCANZAR: LA PERSEVERANCIA FINAL, CADENA DE GRACIAS QUE EXIGE OTRA CADENA DE ORACIONES.— La perseverancia en la gracia de Dios es don completamente gratuito, que no

podemos merecer por nosotros mismos, como declaró el concilio de Trento, pero que, según San Agustín, puede merecerse con la plegaria, es decir, rogando. San Roberto Belarmino añade que la gracia de la perseverancia hay que pedir-la todos los días para obtenerla todos los días, no sea que haya un día que dejemos de pedirla y ese día caigamos en pecado.

Si queremos, pues, perseverar y, en consecuencia, salvarnos, porque sin la perseverancia nadie se salvará, es preciso que recemos siempre. Nuestra perseverancia hasta la muerte depende no tan sólo de un solo socorro, sino de miles de socorros que en toda nuestra vida esperamos alcanzar de Dios para conservarnos en su gracia; a esta cadena de socorros divinos es preciso que corresponda otra cadena de oraciones, sin la cual el Señor de ordinario no dispensa sus gracias; si se rompe la cadena de oraciones, se romperá también la cadena de gracias, y sin el auxilio divino perderemos la perseverancia. Jesucristo dijo a sus discípulos, como refiere San Lucas: *¿Quién habrá de vosotros que tenga un amigo y le viene éste a medianoche y le dice. “Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío llegó de viaje a mi casa y no tengo que presentarle”, y él, desde dentro respondiendo, dice: “No me des fastidio; ya la*

puerta se ha cerrado, y mis muchachos, lo mismo que yo, están en cama, no puedo levantarme para dártelos"...? Os digo que, si no se levanta y se los da por ser su amigo, a lo menos por su descaro se levantará y le dará cuantos necesite" (Lc 11,8). Pues bien, si ese tal daría al amigo, aun cuando fuera por su importunidad, los panes, ¿cuánto más, pregunta San Agustín, dará Dios, ya que en su bondad nos exhorta a rogarle y se queja de quienes no le piden?

III. LA MISMA NATURALEZA DE DIOS: DESEA LAS IMPORTUNIDADES DE LA ORACIÓN. PRUEBAS.— Los hombres se molestan de que se les importune pidiéndoles lo que sea. Dios, en cambio, nos exhorta a que le pidamos y volvamos a pedirle, y no sólo no se molesta, sino que le agrada verse importunado con nuestras súplicas: "El Señor, dice Cornelio Alápide quiere que en la oración llevemos la perseverancia hasta la importunidad". Y ya antes lo dijo San Jerónimo: "Esta importunidad es muy oportuna a los ojos del Señor". Esto significan aquellas repetidas palabras que añade San Lucas: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad a golpes y se os abrirá*. Bastara con haber dicho: *Pedid*; pero no, que añadió: *buscad y llamad a golpes*, para dar-

nos a entender que durante toda nuestra vida hemos de portarnos en la petición de las gracias como hacen los pobres, que llegan a la importunidad en la petición de la limosna, y así, aun cuando se les despacha, no dejan de pedir.

PERORACIÓN: 1º. *Recemos siempre.* Para alcanzar de Dios la santa perseverancia, hemos de ser siempre importunos en pedírsela, al levantarnos, en la meditación, durante la misa, en la visita al Santísimo Sacramento, cuando nos vayamos a acostar y, en especial, cuando seamos tentados por el demonio a cometer cualquier pecado; de modo que siempre ha de estar a flor de labios la oración diciendo: “Ayudadme, Señor; iluminadme, dadme fuerzas, tenedme en vuestras manos y no me abandonéis”.

2º. *Hagamos violencia al cielo.*— Hay que hacer violencia a Dios. Esta violencia le es muy grata, dice Tertuliano, pues, lejos de cansarle, le agrada y la agradece. San Juan Clímaco añade: “Las oraciones hacen piadosa violencia a Dios y le fuerzan con gran contento suyo a otorgarnos las gracias que le pedimos”.

3º. *Recurramos a María.*— Mucho le agrada al Señor que honremos a su divina Madre, por lo que, como dice San Bernardo, quiere que todas

las gracias que recibamos pasen por sus manos; por lo que nos aconseja el santo: “Busquemos la gracia, y busquémosla por María”. Cuando acudimos a María Santísima en demanda de alguna gracia, nos escucha favorablemente y ruega por nosotros, y las oraciones de María siempre son atendidas.

24. Cuán grande es el poder de María Santísima para alcanzar de Dios las gracias que deseamos

I. LA DIGNIDAD DE MADRE DE DIOS DA EN CIERTA MANERA A SUS RUEGOS UNA ESPECIE DE MANDATO: 1º. *Las oraciones de una madre tienen carácter de autoridad.*— Dice San Buenaventura que tal es el crédito de que María goza ante Dios, que sus ruegos no pueden menos de ser atendidos. Y ¿por qué tendrán tanta eficacia los ruegos de María ante Dios? San Antonino da la razón, y dice que es debido a su maternidad, razón por la cual los ruegos de María tienen algo como de imperio, que hace imposible el que no sea oída. Las oraciones de los santos son oraciones de siervos, en tanto que las de María son oraciones de Madre; de donde procede su eficacia y

carácter de autoridad; y como Jesús ama inmensamente a su Madre, no puede rogar sin ser atendida.

2º. *Hay cierta comunidad de poder entre el Hijo y la Madre.*— De aquí esta exclamación de Cosme de Jerusalén. “Tu intervención, ¡oh María! es omnipotente ante Dios”. Sí, porque es justo, añade Ricardo de San Lorenzo, que el Hijo comunique su poder a la Madre en cuanto es capaz una criatura de serlo; así es como el Hijo omnipotente hace omnipotente a la Madre. Razón sobrada tenía San Bernardino de Siena para decir que en cierto modo todos, hasta Dios, obedecen a María.

II. LA GRATITUD DE JESÚS PARA CON SU MADRE AÑADE A SUS RUEGOS UN ASCENDIENTE IRRESISTIBLE: 1º. *Pruebas de esta verdad.*— Oyó un día Santa Brígida que Jesucristo dirigía a su Madre estas palabras: “Pídeme lo que quieras, pues nunca quedará tu petición sin ser escuchada”. Y es consoladora la razón que adujo: “Porque tú nada me negaste en la tierra, yo nada te negaré en el cielo”. Según San Jorge, arzobispo de Nicomedia, Jesucristo oye todas las oraciones de su Madre, algo así como para reconocer el servicio que le prestó cuando consintió

plenamente en darle el ser humano. Y el mártir San Metodio le decía: “Regocijaos, ¡oh María!, ya que tenéis por deudor al mismo Hijo de Dios. Todos somos deudores de Dios; sola vos le tenéis a Él por deudor, ya que vos sola le disteis el ser humano”.

2°. *Aliento a los pobres pecadores*—. El mismo San Jorge de Nicomedia infunde ánimo a los pecadores, diciéndoles que no duden de que, recurriendo a María con voluntad de enmendarse, los salvará con su intercesión; y, vuelto a María Santísima, le decía: “Madre de Dios, tenéis un poder sobre toda ponderación, para que la muchedumbre de los pecados nunca exceda la grandeza de vuestra clemencia. Nada resiste a vuestro poder, pues el Creador mira como propia vuestra gloria”. Nada os es imposible, dice a la vez San Pedro Damiano, a vos, a quien es posible infundir esperanzas de salvación aun a los mismos desesperados”.

III. EN SU CALIDAD DE MADRE DE DIOS, MARÍA SANTÍSIMA HA ENCONTRADO ABUNDANTÍSIMAS GRACIAS: 1°. *Las encontró para comunicárnoslas*.— Nota San Lorenzo Justiniano que, cuando el arcángel San Gabriel bajó de parte de Dios a anunciar a María que había sido

escogida para Madre del Redentor, le dijo: *No temas, María, pues hallaste gracia* (Lc 1,13); y añade el santo: “Los que deseemos hallar la gracia, vayamos a la que halló la gracia”. Si queremos encontrar la gracia perdida, procuremos encontrar a María, que la encontró; María Santísima nunca perdió la gracia divina, sino que siempre disfrutó de ella. Si el ángel le dijo que había hallado la gracia, se entiende que la halló no para sí, sino para nosotros, desgraciados, que la habíamos perdido. Por eso el cardenal Hugo quiere que vayamos a María y le digamos: “Señora, lo perdido hay que devolverlo al que lo perdió. La gracia que encontrasteis no es vuestra, porque nunca la perdisteis, sino que es nuestra, que la perdimos por culpa nuestra; a nosotros, pues, tenéis que restituirla”.

2º. *Las alcanzaremos ciertamente por su intercesión.*— Pedir a Dios las gracias por mediación de María Santísima equivale a alcanzarlas, según revelación de Santa Brígida. Un día, en efecto, oyó que Jesucristo decía a su divina Madre: “Dispensaré gracia y misericordia a cuantos, deseosos de convertirse, vengán en tu nombre a implorar mi compasión”. Si todos los santos y ángeles del cielo pidieran el favor que fuese y María interviniese en contra de tal petición, se

atendería el ruego de María y no ya el del resto del cielo, porque, como escribe el P. Suárez, “Dios ama más a sola la Virgen que a todos los ángeles y santos a la vez”.

3º. *Debemos pedírselas a ella.*— Concluyamos, pues, este primer punto con las palabras de San Bernardo: “Busquemos la gracia, y busquémosla por María, porque alcanza lo que busca y no puede quedar frustrada”.

25. Cuán grande es la bondad de María Santísima para socorrernos en todas nuestras necesidades

I. UNA PRUEBA DE ESTA BONDAD: 1º. *La Santísima Virgen muestra su bondad en las bodas de Caná.*— Para conocer bien la grande bondad de María, recordemos lo que refiere el Evangelio (Jn 2,1-11). Faltaba el vino, con el consiguiente apuro de los esposos. Nadie pide a la Santísima Virgen que interceda ante su Hijo a favor de los consternados esposos. Con todo, el corazón de María, que no puede menos de compadecer a los desgraciados, como se explica San Bernardino de Siena, la impulsó a encargarse por sí misma del oficio de intercesora y a pedir al Hijo el milagro, a pesar de que nadie se lo pidie-

ra. De aquí concluye el mismo santo que, si esta buena Señora obró así sin que se lo pidieran, ¿qué hubiera sido si la rogaran?

2º. *Y aun cuando no tenía la bondad que ahora tiene en el cielo.*—El mismo evangelio de las bodas de Caná proporciona a San Buenaventura otro argurmento demostrativo de la esperanza que debemos abrigar en María ahora que se halla en el cielo. “Ciertamente, dice el santo doctor, muy grande fue la bondad de María con los desgraciados cuando vivía en el destierro de este mundo, pero ¡cuánto mayor no será ahora que nuestra Reina ocupa su trono celestial!”. Y da la razón diciendo: “Ahora conoce mejor nuestras miserias”. Efectivamente, merced a la luz de la visión beatífica, María conoce en el cielo nuestras miserias mejor que lo que las conoció en la tierra, y las compadece con mucha mayor ternura. Pues bien, a la vez que la compasión, se ha aumentado en el corazón de María el deseo de socorrernos. ¡Cuán cierta es, por tanto, la exclamación de Ricardo de San Víctor hablando con la misma Santísima Virgen: “Tienes tan tierno corazón, que no te contentas con conocer, sino con remediar las miserias”. No es posible que esta amorosa Madre sepa que alguien padece sin que vuele compasiva a socorrerlo.

II. FUENTE DE ESTA BONDAD: 1º. *Nos ama con amor no igualado.*— “La Madre de Dios, dice San Pedro Damiano, nos ama con amor invencible”; es decir, con amor no igualado. De donde se desprende que, por mucho que amaran todos los santos a Reina tan amable, nunca llegaría su afecto al amor que les tuvo María.

2º. *Este amor la impulsa a poner todo su crédito a nuestro servicio.*— Este amor es el que la hace tan solícita de nuestro bien. Los santos, dice San Agustín, son poderosos en el cielo para alcanzar las gracias a quienes se les encomiendan; pero así como María es más poderosa que todos los santos, así está más deseosa que todos ellos de alcanzarnos las divinas misericordias.

III. EFECTOS DE ESTA BONDAD: 1º. *María Santísima acoge a todos los pecadores.*— Dijo esta excelsa abogada que, cuando algún pecador se acerca a invocarla, no mira los pecados de que viene cargado, sino la intención con que a ella va: si se le acerca con voluntad de enmendarse, lo acoge y con su intercesión lo sana y salva. “Por mucho que haya pecado el hombre, si se me acerca con ánimo de enmendarse, al punto estoy dispuesta a recibir a quien a mí

retorna; no miro los pecados que haya cometido, sino sólo la voluntad con que a mí viene, pues no me desdén de ungir y sanar sus llagas porque me llamo, y en realidad soy, Madre de la misericordia”.

2º. *Busca a los justos y a los pecadores para salvarlos.*— Los ojos del Señor sobre los justos, dice el salmista, y San Lorenzo Justiniano añade que la Santísima Virgen los tiene sobre los justos y sobre los pecadores y se conduce con cada cual de nosotros como la madre, que tiene siempre los ojos sobre el niño para que no caiga y, si cayere, para levantarlo.

3º. *Es toda bondad y misericordia para recibirlos.*— Dice la Sagrada Escritura que la Santísima Virgen es *como gallardo olivo en la llanura*. Del olivo no puede salir más que aceite, y así de las manos de María no salen más que gracias y misericordias. Dícese también que se halla *en la llanura* para que sepamos, como apunta el cardenal Hugo, que María está presta a dejarse hallar por quien la invocare. Había en la antigua ley cinco ciudades de refugio donde para ciertos delitos hallaban amparo los delincuentes. San Juan Damasceno dice que en María hallan refugio todos los reos, fuese cual fuese el delito que cometieran, por lo que el santo la llama *ciudad*

de refugio de cuantos a ella acuden. ¿Qué temor, pues, pregunta San Bernardo, habremos de abrigar de ir a María, que no tiene nada de austero ni de terrible sino que es por completo suave y clemente?

“Cuando te miro, Señora, decíale San Buenaventura, me parece ver a la misma misericordia”. Desgraciado será, decía la Santísima Virgen a Santa Brígida, quien pudiendo no se acerca a mi misericordia, porque, pudiendo como puedo y quiero salvarlo, no viene a mí y se condena.

4°. *Previene nuestras oraciones anticipándose a ellas.*— San Pedro nos pinta al demonio en torno nuestro como fiero león que busca la presa; pero esta piadosa Madre, dice San Bernardino de Bustos, va siempre rodeando a los pecadores para salvarlos. Y esta piadosa Reina del cielo, añade Ricardo de San Víctor, previene nuestras súplicas y antes de que le roguemos se presta a ayudarnos. Sí, porque, como dice el mismo autor y arriba indicamos, María tiene corazón tan tierno para con nosotros, que no puede ver nuestras miserias sin compadecerlas.

5°. *Se ofende cuando no se acude a ella.*— No nos descuidemos, pues, de recurrir a esta Madre de misericordia en todas nuestras necesidades.

“Siempre, dice Ricardo de San Lorenzo, la encontraréis dispuesta a socorreros”; quizás previene vuestras súplicas, y lo que sí quiere es que se le pida, y cuando no se le pide se siente molesta, nos dice San Buenaventura: “Contra ti, Señora, pecan no sólo los que te injurian, sino también los que no te piden”. Concluyamos de aquí, con el mismo santo doctor, que es imposible que María deje de atender a quien le ruega, porque no sabe ni ha sabido nunca dejar de compadecerse de los miserables ni de sus miserias.

PERORACIÓN: 1º. *Prácticas de piedad en honor de la Santísima Virgen.*— Para asegurarnos las gracias de esta Señora misericordiosísima es necesario que la obsequiemos con particulares prácticas de devoción, cuales son: Rezar a diario, al menos, una parte del rosario.

Ayunar los sábados en honor de María Santísima; muchos en este día ayunan a pan y agua; acostumbrarse a ayunar de este modo, al menos, en las fiestas principales de la Señora.

Rezar el *Ángelus* tres veces al día; rezar el avemaría cuando se oiga el reloj, y cuando se encuentre alguna estatua o imagen de María Santísima, o cuando se salga o se entre en la casa.

Rezar a diario las letanías lauretanas antes de ir a acostarse, y para ello tener próxima a la cama alguna imagen hermosa de la Santísima Virgen.

Llevar el escapulario de Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen.

Muchas otras devociones practican los devotos de María Santísima, no siendo la menos útil la de encomendarse a diario a su bondad maternal. No dejemos de rezar las tres avemarías por la mañana, para alcanzar que nos libre en ese día de pecado. En las tentaciones invoquémosla prontamente y digánlosle: *¡Oh María, venid en mi socorro!* Para vencer las tentaciones basta invocar los santísimos nombres de Jesús y de María. Así es como nunca nos vencerá el demonio.

2º. *Exhortación a invocarla.*— San Buenaventura llama a María salud de los que la invocan. Y a la verdad, si se condenara un verdadero devoto de María (y entiendo por verdadero devoto a quien de verdad se quiere corregir y acude confiadamente a esta abogada de los pecadores), sería o porque María no puede o no quiere ayudarlo; pero esto no se puede dar, porque siendo María, dice San Bernardo, madre de la omnipotencia y madre de la misericordia, no puede fal-

tarle ni el poder ni la voluntad. Por esto con razón se dice de María Santísima que es la salvación de quienes la llaman en su ayuda. Hay infinitos ejemplos de esto, pero sólo quiero aducir el de Santa María Egipciaca.

3°. *Ejemplo de Santa María Egipciaca.*— Santa María Egipciaca, luego de haber vivido en el desorden, llegó a Jerusalén cargada de pecados. Dirigióse a la iglesia en que se celebraba la festividad de la Santa Cruz, y en el momento de querer entrar, una fuerza invisible la detuvo, de suerte que, por disposición providencial, que quería convertirla, la iglesia, abierta para todos estaba como cerrada para ella, pues siempre la rechazaba la fuerza invisible. Entró entonces dentro de sí misma, arrepintióse y permaneció afligida fuera de la iglesia; por fortuna para ella, sobre el tímpano del atrio de la iglesia había una imagen de María Santísima, a la que se encomendó la pobre pecadora, prometiendo cambio radical de vida; después de ello sintióse animada a entrar en la iglesia, hízolo felizmente, se confesó, salió de ella e, inspirada de Dios, adentróse en el desierto, donde vivió y se santificó por espacio de cuarenta y siete años.

26. El grande amor que nos manifestó Jesucristo al quedarse en alimento en este divino sacramento

I. CIRCUNSTANCIAS EN QUE JESUCRISTO INSTITUYÓ LA SAGRADA EUCARISTÍA: 1°. *Al fin de su vida, en prenda suprema de su amor.— El día antes de la fiesta de la Pascua sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* (Jn 13,1). Jesucristo quiso antes de morir darnos la mayor prueba de amor que pudiera, dándonos a sí mismo en la sagrada Eucaristía. *Los amó hasta el extremo*, es decir, según comenta San Juan Crisóstomo, “con amor extremado”. Dice San Bernardino de Siena que las pruebas de amor que se dan en la muerte quedan más grabadas en la memoria y se aprecian más. Pero en vez de dejarnos un anillo, una joya u otro recuerdo de amistad al estilo de los hombres, Jesús se nos dejó a sí mismo enteramente como alimento en este sacramento de amor.

2°. *Cuando los hombres se aprestaban para hacerle morir.— ¿Y en qué momento instituyó Jesús este sacramento? Precisamente, nota el Apóstol, la noche que era entregado, tomó pan, y, habiendo dado gracias, lo partió y dijo: “Este es*

mi cuerpo, que se da por vosotros" (1 Cor 11, 2). De modo que en el mismo tiempo en que los hombres se aprestaban a hacerle morir, el amoroso Redentor quiso hacernos este excelso regalo. No contento, pues, Jesucristo con dar por nosotros su vida en la cruz, quiso antes de morir, como se expresa el concilio de Trento, derramar todas las riquezas de su amor dejándonos a sí mismo en alimento en la sagrada comunión. Si la fe no nos lo asegurara, ¿quién pudiera creer que un Dios hubiera querido hacerse hombre, y más tarde alimento, para que así lo comieran sus criaturas? Cuando Jesucristo reveló a los que le seguían el sacramento que quería dejarles, dice San Juan que muchos no podían creerlo, y hasta abandonaron al Señor, exclamando: *¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?... Duro es este lenguaje. ¿Quién sufre el oírlo?* (Jn 6,53-61). Mas lo que a los hombres se les hacía penoso creer, lo pensó y llevó a cabo el grande amor de Jesucristo: *Tomad y comed: éste es mi cuerpo* (Mt 26,26); así dijo a los apóstoles la víspera de su muerte; y ahora, después de haberse dignado morir por nosotros, nos lo repite también a diario.

II. NATURALEZA DE ESTE DON, QUE FUE EL DON COMPLETO DE SÍ MISMO. 1º. Dice San Francisco de Sales que se sentiría muy honrado el que tuviera la suerte de ser convidado por el rey a su mesa, pero subiría de punto el honor si le diera a comer un trozo de su brazo: Jesús en la sagrada comunión no nos da parte de su carne, sino todo su cuerpo en el sacramento del altar, sin reservarse absolutamente nada. “Todo te lo dio, escribe San Juan Crisóstomo, sin reservarse nada”. Santo Tomás dice que Dios en la Eucaristía nos da todo cuanto Él es y tiene. Por esto precisamente llama el mismo santo a este sacramento sacramento de amor y prenda de caridad. *Sacramento de amor*, porque sólo el amor movió a Jesús a darnos este don, y *prenda de caridad*, porque, para zanjar toda duda que nos pudiera asaltar acerca de su amor, quiso darnos en este sacramento una prueba irrecusable. San Bernardo, además, llama a este sacramento *Amor de los amores*, porque el Señor en su encarnación se dio a todos los hombres en general, en tanto que en este sacramento se dio a cada uno de nosotros en particular, para hacernos ver que cada uno de nosotros somos objeto especial de su amor.

III. SENTIMIENTOS DEL DONANTE, QUE FUE EL DESEO DE INSTITUIRLO Y DE SER RECIBIDO.— ¡Cuán grande deseo le abrasa a Jesucristo de venir a nuestras almas en la sagrada comunión! Él mismo lo declaró al punto de instituir este sacramento: *Con deseo deseé comer esta pascua con vosotros* (Lc 22,15). Escribe San Lorenzo Justiniano que estas palabras salieron del corazón enamorado de Jesucristo para patentizarnos el amor con que nos amaba. Y para que por nuestra parte fuéramos a recibirle a menudo en la sagrada comunión, nos promete la vida eterna, esto es, el cielo: *El que come este pan, vivirá eternamente* (Jn 6,59) Si no lo hiciéramos, nos amenaza con privarnos de su gracia y, en consecuencia, del cielo: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros* (Jn 6,54). Amenazas y promesas que tienen por origen el deseo que le consume de venir a nosotros en este sacramento.

IV. FIN QUE SE PROPUSO, QUE FUE EL UNIRSE A CADA UNO DE NOSOTROS... E IDENTIFICARSE CON NOSOTROS.— ¡Por qué desea tanto Jesucristo que le recibamos en la sagrada comunión? Porque cifra su ventura en unirse a cada uno de nosotros. En la sagrada comunión Jesús

se une realmente con el alma y con el cuerpo del hombre: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* (Ibid 57); de modo que después de la comunión, dice San Juan Crisóstomo, somos un mismo cuerpo y una misma carne con Jesucristo; de aquí que San Lorenzo Justiniano exclamara: “¡Cuán admirable es vuestro amor, oh Jesús, cuando quisisteis incorporar-nos a vuestra carne sagrada, hasta el punto de que de vuestro corazón y del nuestro, inseparablemente unidos, se haya hecho un solo corazón!”. A cada una de las almas que comulgan dice el Señor lo que un día dijo a su querida sierva Margarita de Yprés: “Mira, hija mía, la hermosa alianza que se acaba de establecer entre nosotros. Ámame y permanezcamos eternamente unidos por el amor, sin separarnos ya más”. Esta unión que se verifica entre Jesucristo y nosotros es por completo efecto, como dice el Crisóstomo, del amor que nos tiene Jesucristo, porque se une de tal modo con nosotros, que no formamos sino una carne con él; que así es como se quieren entregar los que se aman apasionadamente.— Pero, Señor, vos sois Dios y no conviene a vuestra Majestad contraer tan estrecha unión con el hombre. “El amor, responde San Pedro Crisólogo, no entiende de razones y va no donde

debe, sino donde le arrastran”. Escribe San Bernardino de Siena que Jesucristo, al darse a nosotros en alimento, quiso llegar al postrer grado de amor, uniéndose totalmente con nosotros como se une el alimento con quien lo come. San Francisco de Sales lo explicó bellamente: “En ninguna otra acción se puede considerar al Salvador ni mas tierno ni más amoroso que en ésta, en la que se aniquiló, a modo de decir, y se redujo a alimento para penetrar en nuestras almas y unirse al corazón de sus fieles”.

27. Ventajas de la sagrada comunión y quiénes pueden disfrutar de ellas

I. VENTAJAS: 1º. *La sagrada comunión ocupa el primer puesto entre los medios de santificación.*— No hay cosa de la que podamos reportar mayor fruto que de la comunión. San Dionisio escribió que el Santísimo Sacramento tiene suma virtud para santificar las almas, mucho más que todos los otros medios espirituales. Según San Vicente Ferrer, más aprovecha al alma una sola comunión que una semana de ayunos a pan y agua.

2°. *Libra de los pecados veniales y hace huir de los mortales, fortaleciendo en el alma la vida de la gracia y activando el fuego del amor de Dios.*— La comunión es la medicina de la que dice el concilio de Trento que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales. El mismo Jesucristo dijo que quien se alimenta de él, fuente de vida, recibirá establemente la vida de la gracia: *Quien me come a mí también él vivirá de mí* (Jn 6,58). Inocencio III escribió que Jesucristo con su pasión nos libró de los pecados cometidos, y con la Eucaristía, de los pecados que podíamos cometer. La Eucaristía, además, dice el Crisóstomo, nos inflama de amor divino y nos hace terribles a los demonios. Explicando San Gregorio Niseno las palabras del Cantar de los Cantares: *Me condujo a la sala del convite enarbolando sobre mí el pendón del amor* (Cant 2,4), dice que la comunión es la sala del convite donde el alma queda embriagada de amor divino hasta olvidarse de sí misma y perder de vista todas las cosas creadas.

II. QUIÉNES PUEDEN DISFRUTAR DE ELLAS:

1°. *Los tibios.*— Habrá tal vez quien diga: Si yo no comulgo más a menudo es porque me siento frío en el amor de Dios.— Pues ¿qué?, pregunta Ger-

són. ¿Porque sientes frío te alejas del fuego? Cuando más frío sientas tanto más te debes acercar a este sacramento. Decía San Buena-ventura: “Por tibio que te sientas, acércate con-fiado en la misericordia divina. Cuanto más en-fermo se siente uno, tanta mayor necesidad tiene del médico”.

2º. *Los fervorosos.*— San Francisco de Sales escribió esta sentencia: “Dos clases de personas deben comulgar: los perfectos y los imperfectos; los primeros, para mantenerse en la perfección, y los segundos, para llegar a ella”. Pero entiéndase bien que quien quiera comulgar se ha de esfor-zar por hacerlo del mejor modo posible, y vamos a explicarlo en el punto tercero.

28. Cuáles son las disposiciones requeridas para sacar el mayor fruto posible de la sagrada comunión

I. LA PREPARACIÓN: 1º. *Es importantísima.*— Dos cosas se necesitan para que la comunión produzca en nosotros gran fruto: la preparación y la acción de gracias, antes y después de reci-birla.

No hay duda que, si la comunión produjo maravillas en el alma de los santos, lo debieron al cuidado con que se prepararon a ella. Al contrario, la falta de preparación es la causa de que tantas almas, a pesar de todas sus comuniones, no lleguen a sacar los frutos apetecidos. Por esto decía el cardenal Bona que el defecto no está en el alimento, sino en las disposiciones del que lo toma.

2º. *Requiere dos disposiciones: a) desasimien- to de las criaturas*, apartando del corazón todo lo que no sea Dios. Cuanta más tierra haya en el alma, tanto menos lugar habrá para el amor divino; por lo que hay que arrojar del corazón todo afecto terrestre, para que Dios lo posea por completo. Esto fue lo que el mismo Jesús dijo a Santa Gertrudis: “Por toda preparación te pido que vengas vacía de ti misma”. Desprendámonos de las criaturas, y nuestro corazón será por completo del Creador.

b) *Deseo de recibir a Jesucristo para amarle cada vez más.*— San Francisco de Sales decía: “Por amor se ha de recibir a quien por amor se da a nosotros”. De aquí que el fin principal de nuestras comuniones ha de ser el crecer en el amor hacia Jesucristo; el mismo Señor dijo a Santa Matilde: “Cuando vayas a comulgar, desea tener en tu corazón todo el amor que pudieron

atesorar las almas más amantes hacia mí, y yo lo recibiré como tú querrías que fuese”.

II. LA ACCIÓN DE GRACIAS: 1º. *Su importancia.*— Es necesario también que cuidemos de la acción de gracias luego de haber comulgado. Las oraciones que siguen a la comunión son las más queridas de Dios y las más provechosas para nuestra alma.

2º. *Consiste en piadosos afectos, actos de amor a Jesucristo, de ofrenda de nosotros mismos, y en súplicas repetidas y confiadas.*— Después de haber comulgado entretengámonos en afectos y súplicas. Los afectos no deben ser solamente de gratitud, sino también de humildad, de amor y de oferta de nosotros mismos. Humillémonos entonces cuanto podamos, viendo a todo un Dios convertido en alimento nuestro después de haberle ofendido tanto. Dice un docto autor que el sentimiento dominante del alma que ha comulgado debe ser el de estupor: “*¡Haber venido Dios a mí! ¡Haber venido Dios a mí!*”.

Hagamos entonces igualmente muchos actos de amor a Jesucristo. Así como ha bajado a nosotros para que le amemos, así nada le agrada tanto como oír entonces al alma cristiana que le dice: “Jesús mío, os amo y a sólo vos quiero”.

Ofrezcámonos a Jesucristo nosotros y todas nuestras cosas, para que disponga como le plazca, repitiéndole a menudo: Jesus mío, “vos os disteis todo a mí; yo me entrego todo a vos”.

Entre los afectos siguientes a la comunión conviene dirigir a Dios muchas confiadas súplicas. Santa Teresa nos enseña que Jesucristo está a la sazón en el alma como sobre un trono de amor diciéndonos lo que decía al ciego: *¿Qué quieres que haga contigo?* (Mc 10,51). *A mí no siempre me tenéis (con vosotros)* (Jn 12,8), parece decirnos aún hoy día: “Pero ahora que estoy en ti pídemelo lo que quieras, que he bajado del cielo para colmarte de mis favores; pídemelo lo que quieras y serás atendido” ¡Cuántas preciosísimas gracias pierden quienes no se detienen a rezar a Dios después de la comunión!

Dirijámonos también al Padre celestial y acordémonos de la promesa hecha por Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo: si alguna cosa pidiereis al Padre, os la concederá en nombre mío* (Jn 16,23); y digámosle: “Dios mío, Dios mío, por amor de vuestro Hijo, que ahora tengo en mi pecho, dadme vuestro amor, hacedme todo vuestro”. Y si lo decimos confiadamente, el Señor ciertamente nos oirá. Obrando así en una sola comunión puede uno santificarse.

ÍNDICE

1. El pecado de recaída es desastroso	6
2. Teman todos el pecado de recaída	7
3. El recidivo corre peligro de no volver a levantarse	9
4. Grandes peligros de nuestra salvación	17
5. Medios con que debemos conjurar tales peligros	19
6. Cuánto importa hollar el respeto humano ..	27
7. Cómo triunfar del respeto humano	37
8. Cuán necesario es combatir las pasiones	40
9. Cuales son las pasiones que hay que combatir	46
10. Desconfianza de nosotros mismos	53
11. Confianza en Dios	57
12. Resistencia a las tentaciones	60
13. Utilidad de las tribulaciones	62
14. Manera de soportar las tribulaciones	72
15. Obligación de huir de toda ocasión de peligro	77
16. Obligación estricta de evitar los peligros de impureza	82
17. Hay que evitar las malas compañías	87
18. Cómo hay que huir de las malas compañías	90
19. Eficacia de la oración	96

20. Necesidad de la oración	100
21. Con humildad. Tres motivos	106
22. Con confianza. Tres cualidades	108
23. Con perseverancia. Tres motivos	114
24. Cuán grande es el poder de María para ayudarnos	118
25. Cuán grande es la bondad de María para socorrernos	122
26. Del amor que nos manifiesta Jesucristo en la Eucaristía	130
27. Ventajas de la sagrada comunión	135
28. Disposiciones para el mayor fruto de la comunión	137